

Bibliotecas, palabras y encantamientos andinos:

una experiencia con la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, en el Perú

Nathalia Quintero Castro

Profesora de la Escuela Interamericana de Bibliotecología, U. de A.,
nathalia.quintero@udea.edu.co

Alfredo Mires Ortiz partió al mundo de los difuntos el 16 de octubre de 2022, y, aunque nos deja un gran vacío, él estará en cada colibrí, en cada pajarito, en cada montaña, en cada parte de esta tierra a la que él ofrendó, cuidó y asimiló como su cuerpo y alma.

¹ En el mundo andino, en el cual todas las montañas son sagradas, el Apu es un cerro superior: llamador, sanador, protector, guardián, wak'a; lugar para la reverencia a la tierra o portador de justicia, entre otros.

Realicé una tesis doctoral, o, como me dijo una amiga: crie una tesis.

Tal vez, nos criamos juntas...

Debido a esta intensa experiencia vital, existencial, ontológica es que se criaron también estas líneas, que son a la vez, fuente, origen y fruto, semilla y amasijo emocional o sentimental.

Entre viajes, tramos y vuelos desde 2017 hasta 2021, encontré un pedazo de la cordillera de los Andes que me dio nuevos sentidos y motivos para estudiar y trabajar.

Llegué a la sede central de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca (RBRC), en cuya casa comunal estaban esperándome: Rita, Alfredo, Lola, Karina, Rosita, Rumi y Mara, también los gatos Palomo y Salen; las flores, las letras escritas por toda la casa, los perros Anuma y Asynja, un gran mapa de Cajamarca donde estaba señalado con puntos las muchas bibliotecas rurales que se extendían por toda la geografía (las provincias) de Cajamarca y la casa, aquella casa comunal que está en todos los rincones de mi mente y mi corazón, ahí empecé a sentir que los lugares son la primera geografía del alma y del cuerpo; las casas son puro ánimo y furor cuando de amor son habitadas.

Por aquellos años, mientras realizaba la tesis doctoral, apoyé como voluntaria las tareas de la Secretaría Técnica, cargo que me permitió tener acceso a la documentación histórica y administrativa de la RBRC; además del reconocimiento de las publicaciones, la preparación y canje de los libros, las capacitaciones, talleres y asambleas; viví *in situ* la experiencia plena del voluntariado en la Red.

Ser voluntaria, estar y permanecer en Cajamarca, compartir con las familias bibliotecarias de la Red; sentir, ver, oler, palpar y ver los *Apus*¹; observar desde el avión los Andes y la tierra roja-ocre-café-verde de Cajamarca; en general sentir la presión atmosférica de la geografía cajamarquina hizo que aquella Nathalia que llegó a inicios de 2017 nunca más volviera; regresé a Colombia siendo otra. Y, en cada trayecto y cada trayectoria se acentuaban mis sentires, emociones y mis otros ojos. Otra manera ver, otra manera de ser y sentir fue (y seguirá siendo) el aprendizaje más profundo de mi vida.

La Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca —RBRC— además de ser una familia de familias, también es un movimiento campesino caracterizado por tomar una opción social y humana: los pobres, los



Karen Lamassonne @karenlamassonne
Biblioteca, rue des vinaigriers - 1978 - acuarela sobre papel, 76 x 56 cm

excluidos, los marginados. Una opción educativa que impulsa la autoformación y el aprendizaje colectivo en el que todos nos formamos en comunidad. Y, una opción cultural que enaltece el voluntariado, cuida la salud comunitaria y defiende el patrimonio natural, cultural y estético.

² Asesor ejecutivo de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca. Autor de muchos libros, guía, maestro y el impulsor de la concepción andina de la Red.

Decir bibliotecas rurales es hacer presente a la *Pacha*, es decir a la madre, que implica tiempo, espacio, tierra, eje, fuerza. La *Pacha* indica vínculo con la Naturaleza, pero no la Naturaleza como ente exterior a la existencia de los demás seres, sino de ella como lazo ancestral con la vida y el *ánima* de todo cuanto existe.

³ Alfredo Mires Ortiz, *Cosmovivencia. La concepción del mundo desde la tradición oral cajamarquina* (Cajamarca: Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, 2008).

El *ánima*, fuerza y anclaje sagrado, remite a los pueblos primordiales de los Andes: holísticos/sensitivos, regidos por lo vivencial/simbólico y experiencial, emparentados con las fuentes patrimoniales, encargados de avivar sus recuerdos y sabiduría campesina relacionadas con la salud comunitaria, el cuidado de la vida, la economía de la abundancia, la ley de la hermandad y el empeño por escribir, leer y decir su propia historia.

En un bello libro de autoría de Alfredo Mires² titulado *Cosmovivencia. La concepción del mundo desde la tradición oral cajamarquina*, me encontré con los preceptos que explican esta manera de habitar, aquí los sintetizo en 16 componentes, que bien hablan de la configuración ontológica del mundo andino:

Todo vive; todo es persona; todo cura; todo equilibra

Todo es sagrado, todo celebra, todo renace, todo conversa

Todo cría, todo es comunidad, todo aprende, todo trabaja

*Todo es diferente, todo es diverso, todo es incompleto, todo es complementario.*³

A través de estas lecciones y experiencia me sumergí en el encantamiento andino, aprendí que los pueblos ancestrales siempre serán el nicho, el espacio, la geografía y el lugar para experimentar y sentir la fuerza y la sabiduría de vivir de otra manera.

Y los aprendizajes no pararon, habitar esta cosmovivencia me exigió prestar atención a las palabras con las que nombro el mundo, pues ante un sistema hegemónico como el occidental que ha plagado nuestra existencia con sus estrategias, discursos y sentidos, me urgió afinar y evaluar los códigos, las letras y las categorías que usaba para hablar de esta experiencia vital y comunitaria.

Las palabras no se quedan en la abstracción o, mejor, ellas son convertidas en conceptos abstractos justamente para lograr nombrar, pero también jerarquizar, engañar, manipular y soslayar. Por ello, de acuerdo con las enseñanzas de la Red de Bibliotecas Rurales, a las palabras hay que devolverles la vida, el color y la temperatura. En este sentido, me surgió la pregunta: *¿cómo corporeizar, colorear y aclimatar, por ejemplo, palabras tan bellas y profundas como territorio, memoria y biblioteca?*

Los aprendizajes en la Red, me mostraron que a estas palabras hay que volverlas propias, acercándolas a los entornos locales, vincularlas a nuestras vivencias, a los entramados significativos que nos son cotidianos y adyacentes, los que hablan de las raíces y de la sensibilidad de nuestros genes. Creo que los pueblos indígenas y las comunidades afro de Colombia, así como las familias chacareras de Cajamarca en el Perú, poseen en su legendaria historia el germen para volver a nombrar el mundo de acuerdo con los principios originarios, con la fuerte raigambre comunitaria y solidaria que les caracteriza.

La palabra territorio me podría remitir a organización y distribución político-administrativa del espacio; a controles, explotaciones y privatizaciones, a propietarios-empresas-reinos o feudos. No obstante, si se quiere hablar de territorio, desde la visión de los pueblos originarios (entre ellos nuestros indígenas y pueblos afrodescendientes), habrá que referirse a *Chacra-Tierra-Cosmos-Pacha-Comunidad*, en tanto, se trata de adherencia cultural y geográfica, tradición y fuentes de reconocimiento e identidad; heterogeneidad y diversidad, crianza y protección,

interrelación y acompasamiento que hay entre la vida, los seres, la tierra sus ritmos y dinámicas peculiares. Territorio habla de relación, encariñamiento y memoria.

La palabra memoria me puede impulsar a reconocer hechos, acontecimientos y sucesos sin pensar, ni reflexionar sobre la lógica subyacente que le dio presencia, interés y urgencia (*para quién, para qué y por qué* se habla de memoria). La memoria hegemónica nos puede llevar a recordar solo la historia de los opresores y soberanos, de los colonizadores y lacayos como héroes y protagonistas centrales.

La memoria, en el contexto de la cosmovivencia andina, nos lleva a donde puede aflorar mejor y de manera sentida la memoria de nuestros pueblos: en la interacción colectiva, en el encuentro que se vuelve recuerdo, concordancia y confluencia. Tal vez necesitamos juntarnos más para recordar mejor. El solipsismo ayuda a recuperar imágenes propias del pasado, pero si a esto se le suma la evocación comunal-gregaria no solo se reviven acontecimientos, sino que puede tejerse la trama de una historia ejemplar y memorable: hechos y sentimientos familiares, sensaciones y reminiscencias de lugares, personas y relaciones; hábitos y costumbres; saberes y sabidurías, formas de vida armonizadas con la tierra y la felicidad. La memoria colectiva es también savia y fermento de las profundidades identitarias.

La palabra biblioteca no remite al mero edificio con libros, bajo el control de alguien, que cuida y resguarda unos estantes repletos con el preciado acervo cultural de la humanidad. Para el mundo andino y, en específico para la Red, las bibliotecas atañen a las personas, las comunidades, a la circulación y al intercambio de los libros: los que pasan de mano en mano, mirados, leídos, usados; la biblioteca es “sinónimo de dinámica, no de mecánica (...) es sinónimo de movimiento, no de estacionamiento”⁴.

Así que hoy pienso, dado mi aprendizaje en Cajamarca, que puede ser interesante y divertido ‘des-institucionalizar’ la

biblioteca, así como ‘des-aulizar la lectura’ (*y digo yo, ojalá la educación toda*). Des-institucionalizar la biblioteca para devolverle el brillo y el movimiento a los libros; para devolverle el calor y el color a las palabras.

Recuerdo cómo Alfredo Mires, en uno de los talleres ‘Leer para los otros’ nos explicaba aquello del peso de las palabras. Él nos mostró como hay palabras frías o calientes:

—*¿La palabra pasión?* —Automáticamente todos dijimos: caliente—.

—*Y la palabra silla?* Él dijo: *medio fría, ¿no cierto?*

Luego, nos preguntó:

De qué color es la palabra...

—*Pasión* —todos dijimos: rojo—.

—*Velorio* —casi todos respondimos: negro—.

—*Naturaleza* —verde—.

Sí, pude comprobar que las palabras tienen temperatura y color; con lo que comprendí qué potencia existe en aquello de dar vida a las palabras escritas, leídas o escuchadas. Y, aún más reflexioné sobre las palabras que confinamos en los anaqueles de la biblioteca o al interior de nuestra cabeza. Las palabras si no se dicen, si no se comparten, si no se conversan quedan estancadas y poseídas. Las bibliotecas son también encarnación de las voces, las letras, el tejido, la tradición, la canción, la sabiduría; es mundo y lo contiene, lo comparte y lo dice.

Ahora pienso que las bibliotecas también pueden ser *Pacha*.

Una mirada desde la cosmovisión andina nos lleva a ‘des-elitizar’ al libro; y, aún más, a ‘des-cuadernarlos’, si se me permite la expresión, para soltar la carátula y contracarátula del libro y liberar sus letras, su contenido para posarlo en el mundo todo. Por ello, hoy sé que hay muchas lecturas y muchos libros. Uno de los principales libros es la Naturaleza, ella tiene en sus letras y voces el mensaje, las señales y sus

⁴ Alfredo Mires Ortiz, *Echóse a andar. Bibliotecas Rurales y su rol para la paz* (Cajamarca: Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, 2015) [Conferencia].

prodigios. Pero también son libros las abuelas y abuelos, y, los niños, las mujeres, los jóvenes, los hombres: todos y todas, portadores de saberes y tradiciones, recuerdos, enseñanzas, sabidurías, letras y voces. Pero también se lee el contexto, leemos las caras de nuestros compañeros amigos/familiares; se lee el río, el cerro, así como se lee literatura o historia en los libros.

Qué valioso haber aprendido que puedo –podemos– hacer un acercamiento constructivo y re-metaforizador con el libro y la lectura; porque

los libros nos juntan, nos forman, pero también nos muestran mundos y realidades: nos resaltan y enseñan la propia voz, las letras, recuerdos y presencias; esto hace que la historia propia se construya, se divulgue, se extienda dignificando nuestras comunidades andinas: afro, indígenas, mestizas, legendarios portadores de la sabiduría ancestral, pueblos persistentes y ejemplares: que saben que la historia oficial los ha negado, escondido y minimizado, pero su grandeza espiritual los alienta a seguir juntos para no olvidar.



Kelly Alexandra David Gaviria

Y, es que es cierta aquella lección de que ser alfabeto no es la seña de evolución e inteligencia; la palabra hablada es en muchas ocasiones la posibilidad de hablar todos los idiomas del mundo, porque tiene la diversidad y la alteridad de muchas voces. En este sentido, no se puede subestimar a quien no sabe leer o quien perdió la habilidad por desuso; por ello, la memoria oral de los campesinos de Cajamarca es reconocida como la principal fuente de conocimiento y la base sobre la cual producen sus propios libros con los que extienden y perennizan las tradiciones, la historia y el pensamiento cajamarquino.

La experiencia educativa y sociocultural de la Red reúne el bagaje y las enseñanzas de las narraciones transmitidas de generación en generación, porque son las voces, los relatos, las palabras las que enuncian el mundo andino primigenio: las que permiten y aprestan a oír lo que la Naturaleza, lo que la tierra cuenta.

Esas voces son el bastión fundamental de la concepción de vida. Las palabras usadas por las familias comuneras de Cajamarca fortalecen su identidad y de ahí la importancia de *quién cuenta la historia, desde dónde la cuenta y en beneficio de quién*. Lo cual refiere la importancia de la geografía: tiempo-espacio y situación en donde emerge la narración oral.

En el mundo andino y, por tanto, en la Red de Bibliotecas Rurales la tradición oral no es una “manifestación” ni es una “técnica”, ni es un “recurso” y, mucho menos es “mecanismo”. La tradición oral se encuentra en el ámbito de lo sagrado y, a la vez, en el ámbito de la desobediencia y la crítica como acto de liberación del sistema imperante. En su riqueza oral los pueblos andinos y cajamarquinos han podido mantener y reconstruir; perennizar y afirmar su memoria ancestral que les informa, recuerda y les renueva su sello primigenio con orgullo y valentía, con alegría y certeza.

En nuestro contexto colombiano (que también es andino, así no lo recordemos y reconozcamos con frecuencia) tendríamos que preguntarnos entonces,

¿qué biblioteca es y encarna nuestro ser, nuestro estar natural-territorial?

¿qué recordar y guardar, qué permanencias y raíces hay que rescatar y cuidar?

Tal como he aprendido, las bibliotecas son también “un organismo comunitario” imaginado y producido por la misma gente; unas bibliotecas que tengan la densidad y la sensibilidad del conocimiento vivo ofrecido por sus abuelos; por sus mujeres y hombres, por la propia gente. Tal vez, sea preciso reinventar nuestras propias bibliotecas como *lugares de-para y con la memoria de los pueblos*: donde emerge y nace, se hace presente y se restablece el escenario propicio para oír la voz y emprender conversación. Un lugar para buscar vestigios y presentes; identidades y raíces; portavoces y rutas. Un lugar para no suprimir nuestros recuerdos, sí avivar y densificar los sentidos compartidos, las fibras que nos permiten reconocernos: despertar, refrescar, evocar y hablar.

De este modo, las bibliotecas para nuestro contexto latinoamericano y andino deberán ser bastión que propicie, cuide y preserve las geografías de las voces, sus ritmos, tonos, cadencias heterogéneas y pluriculturales: *¿cuántas voces están por sonar y ser escuchadas!*

Las bibliotecas hijas del modo de vida andino deberán emprender el reconocimiento de las cartografías de las memorias ancestrales, retornar/recordar; valorar/dignificar la dimensión primordial de nuestra historia, volver a verter significado al vacío histórico y experiencial que traemos a cuestas desde hace más de 500 años, es preciso y urgente volver a conectar con las raíces propias.

Las bibliotecas de cepa andina podrán emprender el diseño de las geografías de los libros, en especial, las letras que configuran el gran libro de la Naturaleza, principal fuente de conocimiento y renacimiento primigenio.

Acaso también sea perentorio que las bibliotecas de raigambre andina deban perfilar la geografía de las bibliotecas en tanto comunidades y cuerpos, en tanto patrimonio físico y espiritual de la acción, el aprendizaje y la enseñanza conjunta.

Pues bien, los encantamientos andinos vividos a través de la crianza de una tesis me permitieron inventar, imaginar y habitar *otros mundos, otras palabras, otra espiritualidad* con la cual sea posible reencontrarme con la fuente insumisa de otra verdad. ■

